

UBICACION LITERARIA DE JACINTO BENAVENTE

Los estudios sobre esta gran figura de las letras contemporáneas que cumpliendo, como pocos, su travesía vital en este mundo, acaba de entrar en la inmortalidad olímpica de los dioses mayores, no se ha iniciado todavía, como es natural. Estamos aún en plenas honras fúnebres, y esta breve nota —de gratisísimo encargo— con que nuestra Revista quiere también honrarle, no tiene otro alcance que el emotivo de una ofrenda más, la que si bien va como destinada a su tumba recién cerrada, ya no puede tener, por el implacable andar de los días transcurridos, ni la pompa retórica ni el énfasis tonante de los primeros clamores funerarios, pero sí —lo que ya es ganar terreno— la complacencia reposada en el contenido cuantioso de tan egregia figura universal.

Por ser la existencia humana propiamente vida, esto es, proceso interno en que se cumple una ley, es posible hablar de una concepción biopsicológica del hombre. Mas esta concepción carecerá de exactitud si prescindimos de su ubicación alveolar en el tiempo. Comprender algo —sea un hecho o un hombre— presupone una previa ubicación dentro de su marco perimetrador. Mas, ¿con qué género de necesidad —física, matemática, lógica— hemos de comprender este *algo* o este *alguien*? Con una necesidad que si bien a todas se coordina, tiene, sin embargo, su propia especificidad: la necesidad psicológica. Sin aprehensión psicológica no hay captación lógica. Esta regla no admite excepciones.

Toda vida tiene una órbita normal preestablecida, pero

en la cual ponen tanto el destino como el azar, sin desvirtuarla esencialmente, sus sinuosidades y contingencias. La parábola vital de la existencia de una leona podemos preverla en todo el curso normal de su existencia en la selva tropical. No podemos prever si el desbordamiento de un río la ahogará entre sus aguas, o si la bala inmisericorde de un cazador de fieras segará con su plomo tan hermosa existencia; pero sabemos, esto sí, que la leona no dará a luz ni un ratón ni una serpiente.

Así, toda vida humana, y mientras más definida y egregia con mayor imperativo definidor, es un proceso en que los hechos esenciales adquieren una especificidad supeditada al doble juego gravitante del espacio y del tiempo.

De este modo, aunque la obra literaria de Benavente es una de esas adquisiciones eternas, y, por lo tanto, no sometidas a la fugacidad transeunte de un momento histórico pasajero, no por ello cabe pensarla ni enjuiciarla fuera del perimetramiento encapsulador de un orbe temporal, máxime si se tiene en cuenta que en la obra de Benavente están contenidos los secretos decisivos de la sociedad española de nuestro siglo, con todas sus virtudes y sus defectos, y con todas sus grandezas y sus limitaciones.

Voy, pues, a tratar de ubicar a Benavente en el influjo atmosférico de su correspondiente "generación". No recabo, claro está, primicia alguna en el "invento". Pretendo tan sólo insistir y recalcar, a mi modo, en un tema que creo de absoluta importancia literaria.

Digo, pues, lo primero, que conviene advertir que el término "generación", en su específico uso literario, fué, sin duda, acuñado por Petersen en su estudio *Las generaciones literarias*. Este título y el contenido de la obra, inspiraron, posiblemente, a Azorín para que concibiera y lanzara a los vientos la ocurrencia que ha llegado luego a convertirse en una conclusión *tabú*: "Generación del 98", dentro de la cual, y como astro de primera magnitud, entre los hispánicos que

integran tan estupenda constelación, figura Jacinto Benavente.

De esta manera Jacinto Benavente puede ser ubicado dentro del concepto azoriniano de escritores de "La Generación del 98".

Mas esta convicción condúcenos a un estar obligados a presentar unas consideraciones aclaratorias formulables interrogativamente: ¿Qué es una generación literaria?; y: ¿Cuáles son sus elementos constitutivos?

"Generación literaria" es una denominación de tipo técnico que, con carácter marcadamente específico, involucra y homogeneiza a escritores nacidos dentro del perímetro de unos pocos y mismos años. Así, dentro de "La generación del 98" tenemos entre otros a Unamuno, Azorín, Baroja, Valle Inclán, Ramiro de Maeztú, y... **BENAVENTE**.

Ahora bien: ¿cuáles son los elementos aglutinantes de una "generación literaria", y, en nuestro caso, de "la generación del 98"?

El primer elemento constituyente de una "generación literaria", sea la que fuere, es la coincidencia en haber nacido en el mismo año, o, al menos, poco distanciados. Esto del año natalicio es tan importante que Pinder decía que el ser y el destino de un artista dependían de en *cuándo ha nacido*. Esta verdadera teoría astrológica encuentra, sin duda, puntos de apoyo en que —por ejemplo— en el mismo año nacieron Shakespeare, Marlowe y Hardy, y en, por otra parte, Shakespeare y Cervantes murieron ambos en un día 23 de abril y sólo con tres años de diferencia (23 de abril de 1613 y 23 de abril de 1616); en que en 1685 nacieron Handel, Bach y Scarlatti. Esto parece probar que la proximidad en los años de nacimiento coloca a los individuos a un mismo grado de distancia, poco más o menos, de la receptividad senso-perceptiva de los mismos acontecimientos vitales.

Y no hay duda de que esta proximidad de fechas natalicias, y en algunos casos hasta mortuorias (Benavente y Eugenio D'Ors, han fallecido con una diferencia de tres meses)

se da en los literatos españoles de la “generación” a que nos referimos.

Otro elemento integrador e indispensable para la existencia de una “generación” es lo que llama Petersen los elementos formativos. Esto es: el común denominador de una homogeneidad de educación. ¿Se dá esto en los hombres representativos nacidos alrededor del 98? Ciertamente, que si perescrutamos en la Historia de España de fines del siglo XIX y de principios del XX descubriremos la coexistencia de fuerzas concurrentes a la estructuración de una forma peculiar de modelación mental de estos personajes. Todos ellos, grandes lectores, son hombres de bibliotecas y no de acercamiento a focos centrales de cultura. Para captar esta modalidad hay que parar mientes en que la juventud de ellos coincide, precisamente, con la crisis —afortunadamente transitoria— de la enseñanza universitaria española.

El trato social, es decir la “mundología ..” o trato mundanal con muchos y muy diversos humanos, es otro de los innegables elementos que constituyen el factor aglutinante de una “generación”. Y esto tampoco es posible negárselo a los hombres del 98. Nos bastará con repasar sus respectivas biografías para percatarnos de hasta qué extremo fueron todos ellos “gente de mundo”, y de “mundillos...”. Fueron, además, hombres de tertulia de cafés. La importancia de los *cafés* madrileños por aquella época a que corresponde la juventud y la madurez de estos hombres egregios, no puede ser captada ni remotamente por los que han nacido en esta época de los “bares”. Yo diría que un “café” es todo lo contrario de un “bar”. Gómez de la Serna, formidable glosador de todo tema a que acerca la captación de su privilegiado espíritu, dice de el “café” (que él escribe con mayúscula) que es: “salón de holganza espiritual, sitio en que se dilucida todo lo divino y lo humano, y punto de cita con la vida pública que lleva la fecha de nuestro tiempo”. “Yo creo en el *Café* —agrega— sobre todas las cosas, y por eso no aspiraré nunca ni admitiré jamás que se me lleve a otras instituciones”.

Por su parte Ramón y Cajal, dijo a su tiempo, refiriéndose al Café Suizo. “Yo debo mucho a la sabrosa tertulia del Suizo. Aparte ratos inolvidables de esparcimiento y buen humor, en este café aprendí muchas cosas y me corregí de algunos defectos”.

Los “cafés” fueron a principios del siglo que corre, verdaderos *parnasos literarios*. Don Benito Pérez Galdós pasó su juventud en el café “Universal”, donde leía y escribía ininterrumpidamente.

Emilio Carrere y Pedro de Répide, así como *El Caballero Audaz* escribieron casi todo lo que las letras le deben —que no es poco— sobre las mesas de mármol de *Levante, Fornos, Pompo...*

En el café “León de Oro” escribió Verlaine, y compuso versos inmortales el muy magnífico Rubén Darío.

Al de “Puerto Rico” fueron, noche tras noche, Ramos Carrión y Vital Aza.

Y el gran Don Jacinto fué también hombre de *café*. Primeramente acostumbraba a ir al *Café Inglés*, donde se reunía con Joaquín Dicenta, Palomero, Valle Inclán, Paso —el gran compositor de zarzuelas— Azorín, Ortega Munilla, Palacio Valdés, Ricardo León y otros no menos celebérrimos. Luego, Don Jacinto, eligió para sede tertulial el “Café de Levante” para trasladarse luego, seguido de toda su corte de colegas y admiradores, al “Café de El Gato Negro”, en la calle del *Príncipe*.

En este *café* alcancé yo el no pequeño honor de asistir como contertulio a las charlas *post-teatrales* de Benavente. Solía yo ir con Augusto D’Halmar, insigne escritor chileno radicado por aquel entonces en la villa y corte madrileña, y persona muy grata a Don Jacinto.

Además de los *cafés*, los hombres de *La generación del 98* tenían las *revistas*. Las *revistas* constituyen uno de los indicios más claros para estudiar un determinado clima cultural, en una época dada. Si repasamos en archivos y bibliotecas las que se publicaban en las postrimerías del siglo pasado y en

las primeras décadas del actual, nos saltará a la vista, como entre sus más destacados colaboradores, los nombres de los escritores del 98, y no ya aisladamente sino formando grupos y grupitos. Así, por ejemplo, en *Vida Nueva* colaboran asiduamente Maeztu y Unamuno; en *La Vida Literaria* y en la *Revista Nueva*, son nombres cotizados los de Valle Inclán, Azorín, Pío Baroja y el ya entonces famoso de Benavente. Pero donde la tesis de la *generación* a que nos referimos más se confirma es en que al fundarse en 1903 la entonces gran nueva revista *Alma Española* no falta ninguno de los escritores clasificados dentro del concreto grupo de "La generación del 98". Y si todavía a este asunto de las *revistas*, índice elocuente de una situación vital literaria, agregamos que hay anécdotas de la época, como la visita, en conjunto, a la tumba de Larra, el banquete a Pío Baroja, y el manifiesto contra el homenaje a Echegaray, en que los hombres de la *generación* del 98 aparecen en un grupo perfectamente delimitado, no puede cabernos duda de que no es arbitraria la ocurrencia de Azorín al considerar la existencia de toda una generación de literatos que sentían, tal vez sin darse cuenta ellos mismos, una especie de comunidad de mandato y destino.

Mas, en fin, la causal máxima para que se produzca, en un momento dado de la Historia, el fenómeno "generacional"; vale decir el de un grupo de hombres superiores aglutinados en un mismo estado de conciencia colectivamente cultural, hay que buscarla, con el ya citado Petersen, en el causalismo de un trascendente hecho cultural o histórico. Acontecimiento cultural fué, por ejemplo, el del Renacimiento. Y acontecimiento histórico, y, por cierto, de superlativa importancia lo fué para España —precisamente en el año 98— el para ella catastrófico de la pérdida de su imperio colonial. Así, y como muy atinadamente observa Pedro Salinas, quien se ha ocupado de este problema con penetrante visión, no importa que la curva periclitante de la decadencia política española se inicie con anterioridad al año 98. "Lo esencial es —dice textualmente Salinas— que nuestro desastre haya con-

vertido lo que pudo tomarse sólo por una idea de intelectuales, o por un presentimiento de pesimistas, en una brutal realidad histórica que gravitó sobre todas las conciencias despiertas y que las hizo agrupar, como a la defensiva, frente al problema esencial de esta generación, que era: España.”

Obligadamente he de dejar a un lado múltiples conceptos marginadores de este gran tema literario que es el de “La generación del 98”. Cualquiera comprende que no se puede tratar tan de prisa un tema tan intensamente delicado, pero tan sólo me propuse contribuir a este póstumo homenaje a nuestro archi hispánico Benavente con esta breve nota laudatoria. No hay duda: hay una generación del 98 perfectamente delimitada y cristalizada. Y tampoco hay duda que: Jacinto Benavente pertenece a esta *generación del 98*. Dentro de ella hemos de buscarle, pensarle y juzgarle; y sobre todo comprenderle y admirarle.

PEDRO BADANELLI

